



## **JIU ROKU SAKURA, EL CEREZO DEL DECIMOSEXTO DÍA**

**Wenceslau de Moraes**

**Traducción de Jorge Fernández Pérez y Vanessa Durão Rocha**

**Coordinación y revisión de la traducción: Rebeca Hernández**

Continuemos con otra historia.

Wakigori es un distrito de la provincia de Iyo, en la isla de Shikoku. Allí, en Wakigori, hay un cerezo muy antiguo y famoso en extremo, llamado *Jiu-roku-sakura*, el cerezo del XVI día del año. Tal denominación se debe a la curiosa circunstancia de que florece durante un solo día al año, el decimosexto del primer mes lunar del antiguo calendario. Ahora bien, esta estación es la de los grandes fríos, la de las nevadas repetidas; los cerezos florecen en Japón, como todo el mundo sabe, en plena primavera, suave y

agradable. Pero *Jiu-roku-sakura* florece con una vida que no es, o mejor dicho, que originalmente no fue la suya propia, pues este árbol contiene el espíritu de un hombre.

Este hombre fue un samurái de la provincia de Iyo, y en el jardín de su casa crecía el árbol del que hablo, cuyas flores se abrían en la temporada habitual, es decir, entre marzo y abril. Era un cerezo con siglos de existencia, frondoso, de grueso y nudoso tronco. Bajo su sombra, el samurái había jugado muchas veces durante su infancia; bajo esa misma sombra habían jugado sus padres y abuelos, y podemos tener por seguro que incluso antepasados más remotos. Él mismo, el samurái, había alcanzado ya una edad avanzada; y tanto sus hijos como sus nietos, a la sombra del mismo cerezo, habían pasado largas horas de su niñez y todos ellos —él, sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, sus hijos y sus nietos— se habían deleitado, durante una larga sucesión de primaveras, con la contemplación de la preciosa floración de su árbol, su compañero. ¡El anciano samurái no amaba tanto a nada en este mundo como a aquel cerezo familiar!

Ahora bien, cierto verano, las hojas se secaron, se cayeron y el cerezo murió. ¡Qué catástrofe! El dolor que sufrió el samurái fue lacerante y a todo el mundo le entristecía verlo penar. Entonces, algunos vecinos cariñosos trajeron a su jardín otro cerezo, exuberante y florido, creyendo que así lo consolarían. El anciano se lo agradeció y les prometió desterrar las tristezas de su corazón, pero en honor a la verdad hay que decir que el mal que sufría era incurable. Un día, para más señas el décimo sexto del primer mes del año, le vino a la mente una manera de arrebatarse su querido árbol a la muerte. Él sabía que una persona puede dar su propia vida en beneficio de otra, incluso de un animal, incluso de una planta, siempre que los dioses permitan el intercambio. Tras tomar una firme decisión, se dirigió en soledad a su jardín, se inclinó en una reverencia ante el tronco seco y pronunció estas palabras:

—Dígnate a seguir floreciendo, pues voy a morir por ti.

Entonces, vestido de blanco de pies a cabeza, como recomienda la pragmática, y siguiendo las prácticas del estilo, clavó en su propio vientre su espada de guerrero, y se desplomó, hundiéndose en la tierra, bañado en un mar de sangre... El espíritu del samurái entró en el cerezo, que en aquel mismo instante se engalanó de flores. Y continúa floreciendo cada año, el decimosexto día del primer mes lunar, en la estación de las nevadas.

El texto original “Jiu Roku Sakura” (1905-1906) se encuentra publicado en

Wenceslau de Moraes, *Fala a lenda japonesa*.

Org. por Maria João Janeiro con dibujos de Maria de Lurdes Janeiro.

Lisboa Cotovia, 1993

© Fotografía: Bhumi Shah